

ras intempestivas chocarán, serán molestas, tratará de volver un poco mas temprano.

Sus blasfemias, sus obscenidades, causarán un gran escándalo; será preciso modificar un poco su lenguaje, bajar la voz por temor de que le echen. Y allí no hay ni el mal ejemplo, ni la mala tentacion, ni el estímulo para ser malo, ni la burla si se corrige. Allí vive solo, ó cerca de alguna familia honrada, y no tiene mas obstáculo para enmendarse que el que le venga del hábito y de sus torcidas inclinaciones. Y si en la misma casa podemos buscar al pobre extraviado un amigo que le dirija y le sostenga, ¡cuánto habremos hecho para su regeneracion! El pobre es una criatura de Dios, un ser moral; y no debemos descuidar ni los preceptos religiosos, ni las amonestaciones, ni las lecturas, ni los consejos; pero el pobre está muy materializado, y las circunstancias materiales que han influido mucho en su caida, pueden contribuir, mas de lo que pensamos, á su correccion y enmienda.

## CAPITULO X.

### DE LOS ENFERMOS.

Todos hemos oido alguna vez esta frase:  
 —Los pobres nunca debian estar enfermos.  
 —Es doloroso, en efecto, ver como en casa del pobre suelen entrar con la enfermedad, la miseria, el abandono y la desesperacion. Considerado materialmente el pobre, la enfermedad es un mal físico, que tiene para él mucha mas gravedad que para el rico; pero considerado como ser moral, puede serle de gran provecho la dolencia que le aqueja. “Con frecuencia, dice San Vicente de Paul, Dios manda la enfermedad del cuerpo para curar la del alma.”

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, ha hecho notar cómo el pobre extraviado, que no podiamos ver aunque visitá-

semos con frecuencia á su familia, viene á ocupar un lugar en medio de ella cuando está enfermo, y entonces desaparece el obstáculo material que le separaba del que puede corregirle: esto tiene mas importancia de la que á primera vista pudiéramos suponer, porque hay muchos casos en que ofrece grande dificultad entrar en relaciones con una persona que nos rechaza, y que por su posición social tiene un círculo muy distante del nuestro.

Cuando el pobre está enfermo, no solo tenemos la seguridad de encontrarle á todas horas en su casa, sino la de hallarle mejor dispuesto á escucharnos. Está solo; los compañeros de sus desórdenes le abandonan en sus dolores; los lazos de familia son débiles, ó se rompieron por sus malos procederés; y el aislamiento moral y material le abruma, como abruma la soledad al que no tiene para consolarla ningun dulce recuerdo, ninguna aspiracion santa: podemos estar seguros de que por mas pervertido que esté, y por mas hostil que nos sea, de-seará el momento de nuestra visita.

La enfermedad no solo pára al hombre que corria en pos del vicio, sino que le modifica de un modo muy favorable á su regeneracion: Desde luego le espiritualiza, porque los sentidos callan y los apetitos groseros no ofuscan la luz de la razon. Esta se pierde en algunos casos; pero con mas frecuencia adquiere mayor actividad, sobre todo en esta clase de hombres que, teniéndola como aletargada, parecen necesitar que la fiebre les comunique un nuevo impulso. El amigo perverso no está allí personificando la mala tentacion. En vez del ruido del mundo, con que se aturde el remordimiento, hay el silencio de las largas noches, en que no se duerme, tan propio para hacer nos entrar en nosotros mismos y oír la voz de la conciencia: A la arrogancia, hija de la fuerza física, suceden el abatimiento de la debilidad y del dolor, y la disposicion á reconocer nuestra miseria y á buscar alguna idea que levante el espíritu de aquel cuerpo tan caído y tan doliente. El mal hábito que no podia romper, la enfermedad lo ha roto: ya no puede ir al lugar en que pe-

caba; su recuerdo tal vez le inspira horror, porque le considera como la causa del estado en que se halla: si apreciamos bien todas estas circunstancias, comprenderemos que la enfermedad puede ser un auxiliar poderoso para corregir al pobre pervertido.

Sentémonos á la cabecera de su cama con espíritu de caridad: si tal vez sus ayes van acompañados de blasfemias y obscenidades, veamos con lástima estos dolorosos síntomas de enfermedades diferentes. Al buscar alivio á sus males, prescindamos de si son ó no consecuencia de sus desórdenes: un enfermo no es bueno, ni perverso, ni sábio, ni ignorante; es un enfermo: para corregirle, tendremos á la vista sus antecedentes; para aliviarle, nada mas que sus dolores.

Esa santa ceguedad de la compasion, que es un deber al lado del doliente desvalido, será un medio poderoso de corregir al hombre extraviado, que no podrá ser insensible á tantos bienes como recibe de aquella criatura que le acompaña, y le alienta y le consuela; que le proporciona recursos para que la miseria no le aflija al mismo tiempo que

la enfermedad; que va en busca del médico, que trae las medicinas, que se las dá, que no se irrita de su ingratitud; que recibe, como si no lo mereciese, las pruebas de su agradecimiento.

Siempre tendremos presente que para corregir al pobre es la primera condicion que nos mire como á sus amigos, y podremos conseguirlo en mucho menos tiempo si está enfermo.

Entonces nos necesita mas; la clase de servicios que le prestamos le impresiona con mayor fuerza, y llegan mejor á su corazon. Cuidemos, pues, de proporcionarle cuantos recursos materiales están en nuestra mano; dediquémosle todo el tiempo que nos sea posible, seguros de que cuando nos ame nos escuchará.

Llegados á este caso, se le pueden aplicar las reglas generales, modificadas segun lo exija la prudencia. A un pobre que tiene dolores agudos, no hemos de abrumarle con lecturas ó amonestaciones; ni pretender que las comprenda, el que tiene sus facultades embotadas por el padecimiento. Du-

rante la enfermedad debe arrojarse la semilla de las buenas obras, para recogerla en la convalecencia: en ella sentimos un bienestar que nos predispone á ser mejores. La razon es señora aun en el hombre materializado, á quien no hablan todavía los sentidos: los dolores no le turban, y puede pensar; el tiempo le parece muy largo, y escucha con gusto la lectura piadosa ó moral que en otra ocasion le fastidiaria. El que visita á un pobre pervertido, y ha hecho por él lo que debe durante su enfermedad, si no le corrige convaleciente no le corregirá nunca.

Si hemos inspirado al vicioso propósito firme de corregirse, si el impío vuelve á Dios, vigilémosle cuidadosamente, sostengámosle en su buen camino, porque la convalecencia del alma dura mucho mas que la del cuerpo, y está mas expuesta á recaidas. Como es mas fácil rectificar los errores que corregir las costumbres, es mas temible la recaída del vicioso que la del impío. Apenas aquel sale á la calle, encuentra por todas partes escollos para su débil virtud, y

las fuerzas del cuerpo aumentan para combatir sus buenas resoluciones. El hombre viejo lucha con el hombre nuevo, y nunca serán excesivas las precauciones que tomemos para que no le derribe.

Hablamos de la convalecencia, porque es el caso mas general, y el mas raro la muerte. Pero esta llega tambien; y á veces nos deja pocos dias, pocas horas, para volver á Dios al que se alejó de El. Entonces es preciso que nuestro celo redoble, supliendo el tiempo que nos falta. ¿Como se ha de hablar de la otra vida al que va á dejar esta en pecado? Pocas reglas generales pueden darse, porque deben variar los medios, segun los antecedentes, el carácter y el género de enfermedad. Pero en cualquier circunstancia debemos hablarle con suma dulzura, procurando moverle por la esperanza mas bien que por el temor. No debemos presentar la muerte como segura, porque la ciencia misma no puede afirmarlo en la mayor parte de los casos: el desaliento es mal estado del ánimo para una resolucion que necesita fuerza; ni debe ser

muy bien recibido por Dios el que vuelve á Él de una manera indebida. En este caso importa tanto, importa mas que nunca, la idea que el pobre forme de nosotros; y si nuestro amor conmueve su corazon, hay mucho adelantado para que la luz de la verdad llegue á su inteligencia. Nuestra solicitud, nuestro cariño, nuestra pena, los sacrificios que nos imponemos para aliviarle, son argumentos muy poderosos que podemos emplear, porque el pobre, mas que otro alguno, está dispuesto á dar la razon á los que ama, y á no sospechar que pueden engañarle los que le consuelan.

En corroboracion de esto citaremos un hecho notable.

Una señora visitaba á una pobre mujer cuyo marido tenia una enfermedad muy grave, de esas en que el enfermo se levanta, habla, come, y es sorprendido por la muerte en la hora que menos lo espera. Este hombre trataba á su mujer con una dureza, que no conmovia la dulzura de la infeliz, la cual durante su enfermedad se entregó al trabajo mas penoso y sufría las ma-

yores privaciones, porque su marido no creyese de lo necesario. Este, ó porque no creyera su fin próximo, ó por otro motivo, habia sido sordo á todas las insinuaciones que se le hicieron para que se dispusiera á morir como cristiano. En este estado le conoció la señora de N... que no tenia mas que dos dias para visitarle, porque al tercero le era forzoso emprender un largo viage. En estos dos dias le hizo cinco largas visitas; en las cuatro primeras no le habló mas que de su enfermedad, de los medios de curacion, de los alimentos que mas le agradarian, porque estaba muy desganado, alimentos que ella misma le llevaba. Tratóse de unas peras de invierno, que tal vez le agradarian en compota, y se las ofreció para cenar. Pero llegada la noche empezó á soplar un viento frio y recio, con abundante lluvia, y el enfermo, teniendo por cierto que su protectora no iria, mandó que le hiciesen una sopa. Luchaba en vano con la repugnancia que le causaba, cuando entró la señora de N..., bastante mojada y con las peras en la mano. Su aparicion impre-

sionó profundamente al enfermo, que olvidó su cena y su enfermedad, para no ocuparse mas que de la noche tempestuosa, y del agua, que podia hacer daño á la señora de N... Esta le dijo alegremente que el viento no era mas que ruido, que el agua era muy poca cosa, y que todo reunido producía una molestia bien pequeña, comparada con el gusto de hacerle un rato de compañía y ver que cenaba sin repugnancia. Y el pobre cenó, en efecto, con placer, despues de pasado algun tiempo que necesitó para reponerse de su emoción. ¿Qué pasó en aquella pobre alma? Solo Dios lo sabe; pero su mujer decía que era como un milagro, que la trataba con cariño, que era otro hombre; y cuando en su última visita la señora de N... le habló de Dios, la escuchó piadosamente, ofreció reconciliarse con El, y cumplió su palabra, confesando á los pocos dias y muriendo como cristiano.

Este ejemplo manifiesta cuánto importa en ciertos casos impresionar á los que queremos corregir, no solo por el fondo, sino por la forma de nuestros beneficios. La se-

ñora de N... hubiera podido esperar á un rato en que no lloviera, ó cubrirse de modo que no se hubiese mojado; pero entonces no habria producido el mismo efecto su visita, que en el fondo tenia igual mérito, porque el agua no pasó de su abrigo: de otro modo no citaríamos el hecho en este lugar, porque los ejemplos de los grandes sacrificios se presentan, mas bien para que se admiren que para que sean imitados.

No se pide al visitador del pobre el sacrificio de su salud, sino en algunos casos el de su comodidad, haciéndole de tal modo, que el mundo no lo vea, que él no parezca notarlo, y que penetre en el corazon del pobre para salir en forma de gratitud y arrepentimiento.

Podrá suceder que nuestro enfermo sea conducido al hospital, circunstancia por lo comun poco favorable, y que procuraremos evitar. Pero si no nos fué dado, ó no lo creimos conveniente por la situacion en que el enfermo se halla, debemos dispensarle la misma proteccion, y ejercer la misma vigilancia que cuando estaba en su casa, sin

mas diferencias que las exigidas por las reglas del establecimiento. Que sean buenas ó malas, respetémoslas, teniendo presente en este caso, como en todos, que el visitador del pobre no es legislador. Si podemos conseguir permiso para ver á nuestro enfermo cuando nos parezca oportuno, convendrá mucho; si no, resignémonos á ir los dias y á las horas en que van todos. Procuremos inclinar en favor de nuestro pobre á los que le rodean, hablando á su corazon, ó á su interes si es necesario, de tal modo que nos ayuden á consolarle y en algunos casos á corregirle. Allí tambien podrá haber personas caritativas á quienes podamos confiar el secreto de sus faltas, y que nos ayudarán á corregirlas ó las corregirán mejor que lo hubiéramos hecho nosotros. Seamos muy circunspectos al buscar auxiliares para nuestra obra, démosles datos y no consejos, evitándo el aire de maestros aun con los que pudieran aprender algo de nosotros, porque el amor propio halla medio de alojarse en todas partes, y la virtud mas austera no pone á cubierto de sus veleidosos extravíos.

No le es menos necesaria al pobre nuestra solicitud cuando convaleciente sale del hospital. Sin fuerzas para trabajar, sin recursos para vivir, vendido ó empeñado su miserable ajuar, no halla en el seno de la familia mas que privaciones, y la poca armonía que suele ser su consecuencia. La necesidad de reparar sus pérdidas exige mas alimento, y los recientes dolores producen por reaccion un vehemente deseo de goces. Todas estas circunstancias ponen al pobre convaleciente en grave riesgo de buscar, por medios ilícitos, recursos que desea con ansia y no puede conseguir con su trabajo, ó cuando menos, de buscar en la embriaguez el olvido de su dolorosa situacion.

El pobre convaleciente exige nuestro particular cuidado, para que no recaiga con algun exceso, para que la convalecencia prolongada por la miseria no produzca una nueva enfermedad, y en fin, si necesitaba correccion y hemos logrado corregirle, para que persevere en el bien; porque difícil será que se salve su naciente virtud, si la amenazan al mismo tiempo el hábito de los

antiguos extravios y una situacion angustiosa.

De todo lo dicho se infiere cuan necesario es que redoblemos nuestro celo con el pobre que ha perdido la salud: la enfermedad puede ser un escollo para su virtud, ó una áncora salvadora.

## CAPITULO XI.

### DE LOS NIÑOS.

Aquel sér cuyo nombre maldecido aterra la comarca; aquel otro, blanco de la sangrienta curiosidad del vulgo, que camina hácia el patíbulo para expiar en él sus inauditos crímenes, fueron dos niños inocentes, puros . . . risueños, íbamos á decir; risueños, no, porque la miseria y la dureza helaron en sus labios la risa infantil, y en su alma el gérmen de las virtudes. Salvas raras excepciones, el hombre criminal fué un niño desdichado, á quien faltaron buenos ejemplos y caricias. Tengamos esto bien presen-

te, y al ver un niño descalzo, desnudo, hambriento, á quien nadie corrige ni ama, pensemos que abandonado á su mala suerte podrá ser un hombre criminal. Es doloroso ver tantos niños pobres como se pervierten en las calles y en sus casas.

El niño tiene el gérmen de los malos instintos y de las elevadas virtudes; el secreto de la educacion consiste en sofocar los primeros, evitando las ocasiones de que se ejerciten y desarrollen, y en estimular las segundas. Todos nacemos con la facultad de amar y de aborrecer. Si nos rodean con una atmósfera de amor, solo se desarrollarán los afectos benévolos; los opuestos quedarán eternamente en embrión: ¿á quién hemos de aborrecer? Si por el contrario, no hallamos mas que hostilidad en derredor nuestro, la facultad de aborrecer entra en una triste gimnasia, en que ella sola se ejercita: la opuesta se debilita, como un miembro que no se usa; desaparece: ¿á quién hemos de amar? Este es el caso de muchos niños, que no teniendo padres, ó siendo estos viciosos y pervertidos, no representan en la



familia mas que una pesada carga. Como la infancia exige tantos y tan incesantes cuidados; como necesita tantos sacrificios de parte de los que han de protegerla, Dios ha puesto el mas poderoso y el mas noble de los instintos para ampararla; pero este instinto se debilita muchas veces por la miseria y el vicio.

Para comprender la conducta de ciertos gefes de familia, es preciso recordar que fueron tratados por sus padres lo mismo que tratan á sus hijos. No hay solo la *indigencia hereditaria*, hay tambien culpable abandono y dureza hereditaria. ¡Triste herencia, recogida fatalmente de generacion en generacion, para desgracia de todas! Vemos, pues, á un hombre, á una mujer, que harán de sus hijos lo que sus padres hicieron de ellos: el mal es grave, y la caridad necesita de todos sus esfuerzos para aminorarle, unas veces á consecuencia del vicio, de la miseria otras, porque la miseria debilita el cuerpo y deprava el alma. Ese niño tiene hambre, tiene frio; su vida moral parece que no existe; está dominado por dos

ideas fijas: comer y calentarse. Su madre tiene frio y hambre; se ha acostumbrado á oírle llorar á él y á sus hermanos; miró su nacimiento como una desgracia, mira su existencia como un peso; es indiferente á sus gracias, dura con sus faltas, le da pan cuando lo tiene, pero no le da caricias. ¡Qué va á ser de ese pobre niño, que no oyó nunca de la boca de su madre:—*¡bendito seas!* Será el hombre que hallamos perverso, duro, y cuyos hijos debe amparar el visitador del pobre.

Segun los grados del mal debe variar la clase del remedio. Hay familias tan perversas, que no queda otro recurso sino apartarlas de sus hijos, á lo cual no se oponen. Si son muy pequeños, la dificultad es grande, porque ni pueden colocarse en aprendizaje, ó donde presten algun servicio por el que ganen la comida, ni será fácil que los reciban en los establecimientos de beneficencia, donde se atiende á los huérfanos que deja la miseria ó la muerte, mas bien que á los que deja el vicio. Si no nos fuere dado separar al niño de su viciosa familia, am-

parémosle allí cuanto nos sea posible, protejámosle contra la brutalidad de sus padres, inspirémosle ódio á sus vicios, que él tendrá propension á mirar como odiosos, procurando salvar el amor y el respeto que debe á los autores de sus días.

Si, por ejemplo, ve venir á su padre embriagado, digámosle:—Hijo mio, tu pobre padre es bien infeliz; gasta su caudal para comprar el desprecio y acaso el ódio de los que le miran, y ademas pierde su salud y su tranquilidad, y todos estos males le vienen de haber presenciado, desde que era pequeñito como tú, malos ejemplos, y no haber tenido, como tú tienes, una persona que le amparase contra ellos. Aunque extraviado, es siempre tú padre, le debes la vida; y dejando á Dios el derecho de juzgarle, tú no tienes más que el de apartarte del camino que sigue, cuando sea malo. Compadécele porque no tuvo, como tú, una mano que le sostuviese; prepárate para darle el buen ejemplo que no ha podido darte: ¿quién sabe si á la vista de tus virtudes enfrenará sus vicios; quién sabe si algún día,

extendiendo hácia tí sus débiles manos, te dirá con lágrimas:—¡Bendito seas, hijo mio: te debo la tranquilidad de los años que me restan, y si el Señor me perdona te deberé la salvacion de mi alma!—Ahora compadezcámosle y roguemos á Dios, para que se apiade de su miseria: ruégale tú, á quien escuchará mejor, porque eres inocente, y porque eres su hijo.

Procuremos siempre salvar la dignidad de los superiores no reprendiéndolos nunca delante de los inferiores, y alejemos al niño antes de echar en cara á los padres su dureza ó su descuido, faltas en que suelen incurrir con frecuencia. La buena educacion exige una vigilancia continua, frecuentes reprensiones y prohibiciones, que evitan los grandes castigos evitando las grandes faltas. Los pobres suelen hacer todo lo contrario; dejan á sus hijos en el mayor abandono durante la semana ó el mes, hagan lo que quieran, y como es imposible que dejen de hacer algo malo, llega una hora ó un día, en que los castigan, maltratándolos con la mayor dureza: pasada aquella

explosión, el niño vuelve á tener libertad de hacer lo que le parece, y vuelve á hacer mal. Esforcémonos para evitar estas alternativas, que depravan enteramente al niño, por la libertad de que abusa, por la crueldad que le endurece, y por la injusticia que le pervierte.

Procuremos que el niño vaya á la escuela, aunque sea muy pequeño, ménos por lo que lo que puede aprender allí, que para evitar lo que aprendería en su casa y en la calle. El primer día vayamos nosotros mismos á llevarle; el niño, que va con temor, se animará, nos lo agradecerá mucho, y el maestro le tratará con mas consideración. Volvamos con frecuencia á informarnos de nuestro protegido: si su conducta es buena, elogiémosle en presencia de todos; si no, esperemos á estar solos con él para reprenderle, enseñándole alguna chuchería que tenemos el disgusto de no poderle dar, porque no la merece. Hagamos lo posible porque el niño vaya decentemente vestido; si no se burlarán de él sus compañeros, y los niños son extraordinariamente sensibles

al ridículo, hasta el punto de arrostrar algunos la cólera de sus padres, antes que ir á la escuela en que les *ponen motes*. Como el niño pobre no tiene la culpa de serlo, la burla que se refiere á su traje es de las más injustas, y esto bastaría tal vez para depravarle, porque no hay cosa que más pervierta que la injusticia. Importa pues mucho que nuestro niño vaya vestido con decencia, y como hay que contar poco con el esmero de su madre para cuidarle la ropa, convendrá interesar su amor propio para que él no la destruya mucho. Si tal vez nos parece que hay el riesgo de hacerle vano, este extremo será ménos temible que el opuesto.

Los dias festivos son un terrible escollo para el pobre, de cualquiera edad que sea: la ociosidad es en sus manos un arma de cien bocas, que se dispara en todas direcciones, sin que él sepa cómo. El dia en que no hay escuela, el niño pobre tiene el mal ejemplo de su casa y de la calle, el riesgo de que le coja el coche que pasa, de caerse del alto corredor en que brinca, ó al pozo que nadie ta-

pa: como no hay quien le vigile, sus travesuras van graduándose hasta convertirse muchas veces en verdaderas maldades, que sus compañeros aplauden, que los vecinos denuncian y que sus padres castigan con dureza: el dia de fiesta suele acabar para él tristemente, y cuando ménos es una mala leccion. Reuniéndose algunas personas caritativas, seria bien fácil alternar en la custodia que necesitan los niños pobres los dias festivos. ¿Veis esas criaturas que hacen ese ruido infernal, que se entretienen en manchar los vestidos de los que pasan, que fuman, que blasfeman maquinalmente, que juegan á la baraja, que se combinan para adquirir por cualquier medio algun dinero con que dar pábulo á sus nacientes vicios? ¿Quereis verlos trasformados? Sacadlos al campo. Vereis que felices y que buenos son, jugando con agua, con tierra, y respirando aire puro en un sitio bañado por el sol. Vereis cómo hacen casas, y reumen plantas y flores, y buscan insectos, é inventan mil juegos, en que ejercitan su cuerpo sin depravar su alma. Su felicidad será mayor

si para amenizar sus juegos les comprais algunos objetos con que puedan variarlos, y no tendrá límites si añadís un poco de pan y queso. Vereis con qué impaciencia esperan la hora en que vais por ellos, y cómo os aman; y cuando al ponerse el sol les hagais notar la belleza de las nubes que le reflejan, y de la melancólica magnificencia de ese espectáculo, que diciéndonos— ¡Tienes un dia ménos!— parece preguntarnos— ¿Qué empleo has hecho de él?— vereis como están dispuestos á rezar con vos la oracion de la tarde, y á volver á sus casas, mejores y mas dichosos que salieron de ellas.

Para sostener los sentimientos religiosos de nuestro niño, no sólo habremos de suplir el vacío que sus padres dejan, sino neutralizar el efecto de sus malos ejemplos. No basta llevarle á misa; hay que decirle que su padre no va y blasfema, porque no sabe lo que dice ni lo que hace; que de la ignorancia y de la corrupcion resulta una terrible enfermedad del alma, que se llama impiedad: el niño tiene propension á creer esto, porque se lo dice una persona que es

mejor y sabe mas que su padre. Roguemos á este que no nos contrarie en la educacion religiosa de su hijo. Podemos decirle que, aun suponiendo que fuesen patrañas lo que enseñamos, ¿á qué conducen? A que su hijo le ame y le respete hasta donde es posible, á que sea sóbrio, trabajador y paciente; cosas todas que le convienen mucho, por lo cual es de esperar que no se oponga á nuestra obra, al ménos en la mayor parte de los casos.

Debemos ver con toda la frecuencia posible á nuestro niño, ya en su casa, ya en la escuela, ó en el establecimiento benéfico, ó en casa del maestro donde le hayamos puesto en aprendizaje. Que ni á él ni á los que le rodean les ocurra la idea de que está solo en el mundo, sino que, por el contrario, sepan que hay una persona que vigila y se interesa eficazmente en su suerte. El trato frecuente nos pondrá tambien en estado de estudiar su aptitud é inclinaciones, estudio indispensable para dirigirle. La eficacia de un castigo ó de un estímulo varía segun el carácter del niño á quien se

dirige, y la vocacion que no se vé ó no se respeta, le hace desgraciado y le pervierte.

A veces decimos— este niño tiene inclinacion de tal cosa, ó bien, no manifiesta inclinarse á nada,—y en los dos casos nos engañamos. Es fácil equivocarse la aptitud con el instinto de imitacion, que hace al niño educable y le impele á repetir los actos que presencia muchas veces: es fácil tambien que la aptitud de un niño no se haya manifestado, porque en el limitado círculo en que vive no vió el objeto que debia despertarla: observemos bien el nuestro para no hacerle seguir un camino diferente del que le trazó la naturaleza: su felicidad y su virtud se interesan en ello igualmente.

Pero lo que debemos procurar con más cuidado, es inspirarle cariño. Que sus disposiciones benévolas no queden en eterno letargo por falta de accion; que sienta, que agradezca, que ame; y este amor será el hilo que le conducirá fuera del laberinto de vicios en que le colocó su mala suerte. Hay niños que, incorregibles para sus padres que los maltratan, se corrijen por amor y res-

peto hácia una persona, que reconocen muy superior á ellos, y que los trata con cariño. El niño que se ve maltratado y abandonado de todos, está dispuesto á hacer mucho por la única persona á quien ama y de quien es amado.

Hay pobres, y son los más, que no despiden la educacion de sus hijos deliberadamente, sino por ignorancia, por desidia y porque sus circunstancias hacen muy difícil que los atiendan mas que en la parte material, y aun esto con trabajo. En este caso, cuando existe el lazo del cariño, es más fácil la tarea del visitador del pobre. Traza un plan de educacion acomodado á las circunstancias, y basado siempre en amparar al niño sin abrumarle, en apartarle de la calle y malos ejemplos, en estimular sus sentimientos benévolos y generosos, y en conducirlo más bien con la esperanza del premio que por el temor del castigo: exhorta, aconseja, enseña, apoya, auxilia y saca siempre algun fruto.

Para no desesperar, para no calificar de indigno de nuestra proteccion al niño que

no se corrige, y al padre que no pone en práctica los medios de corregirle, debemos tener muy en cuenta sus malas circunstancias, y hasta qué punto la miseria endurece, exaspera, debilita y hace poco menos que imposibles la dulzura, la constancia y la fuerza que la educacion necesita.—¿Cómo castiga V. tan cruelmente á esa pobre niña? decia una señora á cierta mujer del pueblo, que maltrataba á su hija.—¡Está una tan desesperada! la contestó.—¡Vaya una razón! diremos. —¡Oh, sí, una fuerte, una terrible razon! Es tan difícil que sea bueno, que sea justo el que está desesperado!

## CAPITULO XII.

### DE LOS ENCARCELADOS.

Nuestro pobre podrá ser conducido á la cárcel por la calumnia ó por la justicia; en cualquiera de los dos casos debemos acompañarle.

Si es inocente, digámoselo á sus jueces,

á sus carceleros, á los que puedan apoyar su justicia, á todos, menos á los malvados con quienes le habrán confundido, y para los cuales seria un título de persecucion la falta de culpa. ¡Que caiga sobre nuestro corazon y le abrume, cada hora que el hombre honrado está confundido entre los perversos, obligado á ocultar sus virtudes como si fuesen crímenes, para no ser escarnecido y maltratado! La cárcel, al menos en España, es una tortura para la inocencia, un escollo para la virtud y una escuela práctica del vicio. Acompañemos á nuestro pobre todo el tiempo que nos sea posible; con nuestra solicitud, nuestro celo y nuestro amor, formemos en derredor suyo una atmósfera de caridad que pueda neutralizar la atmósfera del vicio que le rodea. La perversidad es allí tan cínica, tan repugnante, que ella misma presta armas para combatirla y hacerla odiosa. Hablemos de aquellos hombres con lástima y con horror; ocupémonos de ellos como de una calamidad demasiado inmediata para prescindir de ella, pero sin manifestar jamas á nuestro

pobre el temor de que pueda seguir el ejemplo de aquellos malvados: al contrario, hablemosle como si estuviera separado de ellos por un abismo imposible de salvar. Como son hombres, aunque pervertidos, apelemos á los buenos sentimientos que aun conserven, para disminuir la prevencion instintiva que tendrán contra nuestro inocente. Un saludo hecho amistosamente, un pequeño servicio, pueden atraernos su benevolencia, que recaerá sobre nuestro protegido; y no temámos descender demasiado: la caridad no se rebaja nunca por más que descienda.

Si conseguimos probar la inocencia de nuestro pobre y sacarle de la cárcel, acompañémosle á su casa con muestras de consideracion y aun de respeto. Digamos á sus conocidos, á sus amigos, á sus vecinos, á todos los que puedan oirnos, que estaba inocente, que la justicia humana es imperfecta y limitada como el hombre, que la sospecha es la combinacion de la impotencia y de la perversidad humana, que sólo Dios puede ver los corazones, y que no viéndo-

los y juzgando solo por hechos, ¿qué juez no está expuesto á confundir por un momento el crimen y la inocencia?

La infernal máxima, *dí mal, que algo queda*, es de una triste verdad. La calumnia deja señales por donde pasa, como un líquido emponzoñado que tiene grandes afinidades con el conducto por donde corre. Nada será demasiado, nada será tal vez bastante para rehabilitar en la opinion á nuestro inocente encarcelado. Los buenos temerán mancharse con él; los medianos se complacerán en humillarle, porque el común de los hombres no comprende levantarse sino rebajando á los otros; los malos se congratularán de contarle entre los suyos. ¡Oh! Hagamos de manera que no lo consigan. Saquemos á nuestro protegido de aquella casa, de aquel barrio, de aquel pueblo, para que en su desesperacion no acepte las calificaciones que le dan: es frecuente que el hombre acabe por ser lo que el mundo le llama.

Si nuestro pobre es culpable, si debe permanecer mucho tiempo en la cárcel, y tal

vez sufrir despues su condena en presidio, echemos mano de todas nuestras fuerzas, de toda nuestra constancia, de todo nuestro celo, é invoquemos el auxilio de Dios, que bien le habremos menester para no desalentarnos. Aquel desdichado dió un paso por el camino del crimen, y todo cuanto le rodea le empuja en su resbaladiza pendiente. Dada la organizacion de nuestras cárceles y presidios, el crimen se parece á esas corrientes que hay en ciertos mares, que atraen á largas distancias y tragan irremisiblemente al que entra en la esfera de su mortal accion.

El mal es grave, pero la desesperacion es un pecado y una cobardia. Ni en la mansion de la miseria, ni en la del dolor, ni en la del crimen, ni en ninguna parte, escribamos la horrible leyenda que sólo está bien á las puertas del infierno. *Dejad toda esperanza los que entráis.*

La esperanza, esa consoladora hermana de la caridad, debe acompañarnos á todas partes, sea que el mundo la califique de heroísmo, ó que la llame locura.



¿Qué vamos á hacer en el patio de aquella cárcel, en medio de ese coro de blasfemias y obscenidades con que la voz del mismo sofoca la voz de la conciencia: en esa escuela normal de perversion, en ese gimnasio del crimen, donde tantos Hércules escriben sobre las columnas de sus manos ensangrentadas, un lúgubre: *¡No hay más allá!* ¿Iremos allí á recitar oraciones y á hablar de Dios y de virtud? Un hombre caritativo no es un insensato; es un hombre bueno, que ama á los hombres, espera en Dios y no abjura su razon.

Iremos al patio de la cárcel, no á predicar, sino á ver á nuestro pobre; y él, quien quiera que sea, y donde quiera que esté, nos lo agradecerá; y hé aquí que ya hemos hecho un bien, ya hemos despertado el hermoso sentimiento de la gratitud en aquel antro de maldades: la caridad, como el sol, donde quiera que penetra hace brotar flores. Nosotros debemos conocer á nuestro pobre: segun sus antecedentes será el lenguaje que con él tengamos; pero quien quiera que sea, siempre le interesará el estado

de su causa y los pasos que demos para mejorarle. Como no nos escandalizaremos, más que en nuestro corazon, de nada de lo que oigamos, ni reprenderemos con imprudencia, tal vez se acerquen á nosotros algunos de aquellos seres extraviados; acaso podamos hacerles algun favor, y lleguemos á formar un pequeño núcleo de hombres que nos miren como amigos. Arrojemos allí la semilla de los buenos sentimientos, allí y donde quiera, con la profusion con que la naturaleza las arroja todas. El viento las lleva sobre las aguas y sobre las rocas; pero alguna cae en buena tierra y fructifica. En una ocasion solemne, ante una de esas escenas que conmueven, si se administra el Viático á un compañero enfermo, si otro va á ser conducido al patíbulo, y nos arrodillamos y oramos, es posible que aquellos seres pervertidos se arrodillen tambien, y se asocien á la oracion en que pedimos á Dios misericordia para el moribundo ó para el culpable; á quien los hombres no pueden perdonar. Tambien podemos dejar algun libro que entretenga el tiempo, siempre lar-

go en la cárcel. ¿Y qué clase de libro debe llevarse allí? Ni Fray Luis de Granada, ni una novela impía; un libro que distraiga sin pervertir, aunque no enseñe mucho. No seamos en esto nímiamente escrupulosos: un libro inútil en otra parte puede ser útil en la cárcel, y hay pocos tan malos como lo que hacen y lo que dicen los encarcelados, á quienes se agrupa ciegameute para abandonarlos en la ociosidad, sin tener otro cuidado que el de que no se escapen.

Si nuestro criminal es conducido á presidio, veamos si podemos hallarle allí un protector y un guía; y si sabe leer, escribámosle.

¿Por qué no? Hemos visto cartas de presidiarios en que manifestaban su profunda gratitud hácia los que habian querido favorecerlos, y su gran deseo de salir de allí, para ir á *besarles la mano*. Un hombre que se ha hecho notable por su ciencia, y que lo es todavía mas por su bondad, tenia á su cargo una obra pública donde trabajaban presidiarios. Para nada se necesitaba allí el rigor ni la amenaza. Construian

con esmero y perfeccion muchos útiles y herramientas necesarios para la obra, que se presentaron en Madrid en una exposicion, y que si no fueron notados, consistió en que la atencion del público suele ser frívola y caprichosa. Se trabajaba mucho y bien; si habia prisa se trabajaba tanto, que parecia que aquellos hombres estaban poderosamente interesados en la conclusion de la obra, cuando no tenian otra retribucion que su mal rancho y las buenas gracias del que la dirigia. Si habia que llevar ó traer caudales, solian desempeñar esta comision dos presidiarios, á quienes el ingeniero daba su mismo caballo. Los caudales se entregaron siempre fielmente, y el caballo fué cuidado con esmero. ¿Por qué sucedian todas estas cosas? Porque al frente de aquellos hombres, acaso mas desgraciados que culpables, estaba uno bueno ó inteligente; porque todos querian mucho á D. N. . . . No caben en estas páginas nombres propios; los bendecemos sin escribirlos; pero de este hecho y de otros análogos resulta que aun en los presidios de España los hom-

bres pueden amar; es decir, que todavía son susceptibles de correccion y enmienda.

### CAPITULO XIII.

#### DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son mas difíciles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazon sin ninguna especie de traba: así parece á primera vista, pero no es así realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazon nos lleva á favorecer á estos mas bien que á aquellos; y nuestra razon y nuestra justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsion, suele inspirarla tambien á los otros, es decir, tiene una desgracia mas, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, ha-

ciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Ademas, la limosna ha de estar en armonía con la situacion del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho, ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazon para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia que disfrutó comodidades y se vé en la indigencia, una prenda de ropatosea que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, marcándole toda la extension de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos: ya se sabe cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, y se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc.

Pero no basta la delicadeza; es tambien necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar mas